

METODOLOGÍA CARTESIANA Y LÓGICA DE PORT-ROYAL

INTRODUCCIÓN

A pesar de los indudables orígenes y precedentes medievales de muchos aspectos de la filosofía cartesiana, hay que reconocer que tanto su Método como su Metafísica significan un auténtico espíritu moderno. Su actitud presenta rasgos de dogmatismo; sin embargo, en cuanto se fundamenta en la «razón» adopta un ángulo propio desde el que se ha de asumir el resto de elementos y factores que, según el orden de las razones, se subordinan a ella. La filosofía de Descartes es un auténtico humanismo, un antropocentrismo y un racionalismo. El «yo» racional del que se parte no puede aceptar una verdad, sea cual fuere, dogmáticamente, sino sólo después de haber adquirido el brillo de la evidencia. Se trata, pues, de un pensamiento humanista que encuentra la primera verdad en el campo racional de un «yo» individual.

E. Rozsnyai, sobrevalorizando excesivamente el carácter humanista del *cogito* cartesiano, observa que «él realiza con resolución el regreso de la filosofía desde el cielo a la tierra. En lugar del Dios del cristianismo, Descartes toma como principio de su sistema a su propio 'yo', en el que encuentra el punto de apoyo de Arquímedes»¹. Y sin concesión alguna para ninguna otra interpretación, continúa afirmando este autor que «sea cual sea el parecido de este 'yo' abstracto, sin cuerpo y sin extensión, con el punto geométrico, está más próximo

¹ Rozsnyai, E., «Descartes et la philosophie moderne», en *Etudes sur Descartes*, *Studia philosophica Academiae Scientiarum Hungaricae*, núm. 6, Budapest, 1964, pág. 36.

a la naturaleza que al espíritu sobrenatural de la religión»². La conclusión a la que se llega con tales principios es clara: el *cogito* cartesiano, por su valor y por la confianza que deposita en la persona humana, puede eclipsar a Dios, a la Teología e, incluso, a las autoridades fosilizadas de la Iglesia.

Sin embargo, para reconocer un humanismo en Descartes, no hace falta adoptar un punto de mira tan radical. Basta con reconocer en su Filosofía un renacimiento interno autónomo y voluntario, y un deseo de volver a los comienzos³, sin que sea necesario descartar la intervención de otras opciones, perfectamente compaginables con este prisma. Tal es el caso de las afirmaciones cartesianas en las que se habla de sometimiento a la voluntad infinita de Dios⁴, si bien, en un segundo plano, también la voluntad se constituye en la más alta instancia con que cuenta el hombre, y a la vez que por ella se asemeja a su Creador, también le hace merecedor de estima, puesto que cuando encuentra la verdad lo hace voluntariamente:

Eademque ratione, magis profecto nobis tribuendum est, quod verum amplectamur, cum amplectimur, quia voluntarie id agimus, quam si non possemus non amplecti⁵.

No puede negarse la existencia de un fuerte voluntarismo cartesiano, tanto a nivel de la Metafísica como a nivel de la Moral; manifiesto en la teoría del juicio y en el precepto ético de la resolución. Este mismo carácter habrá de ser recogido en el movimiento de Port-Royal, dándole un tinte especial. Frente a la antítesis, mantenida en el jansenismo, entre la voluntad divina y la voluntad humana, Port-Royal ha de señalarse por su eclecticismo y afán de complementación⁶.

Pero si quisiéramos encontrar las notas definitorias del pensamiento portroyalista en general, visibles en las intenciones inmediatas del *Art de penser*, no podríamos echar en olvido la de un marcado

² *Ibid.*

³ Vid. Lefevre, R., *La pensée de Descartes*, Ed. Bordas, París, 1965, pág. 27.

⁴ Vid. A Mersenne, 28 enero 1641, A. T., III, pág. 293, y E. B., V, 159-160.

⁵ *Pr. Ph.*, p. I, art. XXXVII, A. T., VIII-1, pág. 19.

⁶ Vid. Gounelle, André, «L'entretien de Pascal avec M. de Sacy», en *Étude et commentaire*, P. U. F., París, 1966, pág. 25.

moralismo, y la de una fuerte preocupación por el lenguaje, debiendo reconocer en ello la influencia directa de un Pascal, para quien:

Morale et langage sont des sciences particulières, mais universelles⁷.

En primer lugar el moralismo. De la misma manera que el método cartesiano tiene un cariz eminentemente práctico y una vertiente moral, el propio título de la Lógica hace referencia a esta vertiente. El «*Art de penser, contenant outre les regles comunes, plusieurs observations nouvelles, propres à former le jugement*» marca como decisión fundamental la de «formar el juicio», y lo mismo que las «*Regulae ad directionem ingenii*» de Descartes, ha de tender a una *medicina mentis* y a una fundamentación rigurosa del saber, para evitar, en todo momento:

cette fausseté d'esprit que n'est pas seulement cause des erreurs que l'on mêle dans les sciences, mais aussi de la plupart des fautes que l'on commet dans la vie civile⁸.

De acuerdo con este requerimiento, aparece en la «Lógica» una serie de ejemplos y apartados de contenido eminentemente moral, que no deben considerarse como ilustrativos. Si tanto los errores cometidos en la vida civil, como los que se llevan a cabo en el mundo del pensamiento se deben a una misma «falsedad de espíritu», es de suponer que la ciencia que tenga como fin acabar con tal «perversión de la razón» no deba hacer distinguos entre unos y otros. No es, pues, una cjemplificación accesoria, sino muestra de la preocupación constante por el sujeto de conocimiento y actividad humana en general, desde el cual se realiza la ciencia.

Parece lícito, en consecuencia, pensar que todo este moralismo que aparece en este movimiento tenga una cierta resonancia del «cogito» cartesiano. En algún aspecto, tanto el jansenismo, en general, como el núcleo de Port-Royal, en especial, favorecen una realización social del principio cartesiano. Las «Pequeñas Escuelas» y el «Soli-

⁷ Pascal, *Pensées*, Ed. Brunschvicg, núm. 912.

⁸ L. P. R., Arnauld, Antoine, et Nicole, Pierre, *La Logique ou l'art de penser*, édition critique de Pierre Clair et François Girbal, P. U. F., París, 1955, Discours I, pág. 17.

tario» pueden entenderse como la puesta en práctica de aquella primera exigencia metafísica. En efecto, el hallazgo del «cogito» cartesiano suponía un «abducere mentem a sensibus», implicado en el proceso de la duda. De esta manera podía llegarse al descubrimiento de un punto original y libre en el que el pensamiento personal hiciera frente a una tradición dogmática, mantenida por maestros y preceptores, tal como ya había preconizado Montaigne, al exigir un cultivo del juicio que diera al traste con todo el sistema memorístico adoptado en las escuelas de la época⁹. Cuando Port-Royal intenta, de alguna manera, poner en práctica tal requerimiento, advierte que, de la misma manera que es humanamente imposible separar la mente de los sentidos, y factible sólo metodológicamente, cuando se persigue un perfeccionamiento moral, aunque, dada la situación concreta del hombre, no es posible salir totalmente del mundo, se abre un camino fértil mediante una relativa soledad interior.

La segunda característica general que ha de tenerse en cuenta para enfocar el movimiento de Port-Royal es la de su preocupación y atención especial hacia el lenguaje. No era éste uno de los temas que más hubiesen preocupado a Descartes, aunque haya momentos de su obra filosófica y de su correspondencia en los que adquiere una relativa importancia la consideración de este medio que se utiliza «para la libre expresión del pensamiento, o para una respuesta apropiada en cualquier situación nueva»¹⁰, y que no se determina «por ninguna asociación fija de expresiones a estímulos externos, o a estados fisiológicos»¹¹.

En el *Discours de la Méthode*, Descartes señala dos criterios de distinción entre hombres y animales. El primero atiende a la diversidad entre las acciones auténticamente humanas frente a las meramente animales, mientras que el segundo pone su acento en el lenguaje compuesto «por nosotros mismos para comunicar a los demás nuestros pensamientos»¹², sin dar opción a una identificación entre las palabras expresivas de pensamiento y los signos naturales indi-

⁹ Montaigne, *Essais*, I, xxvi.

¹⁰ Chomsky, N., *Lingüística cartesiana*, versión castellana de E. Wulff, Gredos, Madrid, 1969, pág. 20.

¹¹ *Ibid.*

¹² *D. M.*, V, p., *A. T.*, VI, págs. 56-57.

cadores de algún cambio en los órganos corporales¹³. En su correspondencia con Morus y el marqués de Newcastle vuelve a confirmar sus opiniones¹⁴, aunque bien mirado acabará indicando que el criterio último de distinción entre hombres y animales es la existencia de lenguaje, que sólo poseen los primeros:

Haec enim loquela unicum est cogitationis in corpore latentis signum certum, atque ipsa utuntur omnes homines, etiam quam maxime stupidi et mente capti, et lingua vocique organis destituti, non autem ullum brutum, eamque idcirco pro vera inter homines et bruta differentia sumere licet¹⁵.

Esta reducción en favor del lenguaje como fundamento de la distinción más exacta entre hombres y animales, puede significar en Descartes tres cosas: a) Una pérdida de interés por el estudio de las acciones humanas; sin embargo, esto no es fácil de sostener cuando dentro de la producción cartesiana existe una vertiente constante hacia los temas éticos. b) Podría pensarse, en segundo lugar, en una reducción de dicha vertiente a favor del lenguaje moral; lo que de ninguna manera parece aceptable. c) Mucho más adecuada nos parece la tercera posibilidad, acorde con el pensamiento cartesiano, por la que debe considerarse a la palabra como el modo de expresión más genuino y adecuado de la «cogitatio», y único medio de «comunicación entre los espíritus»¹⁶.

Port-Royal, asumiendo fielmente las ideas cartesianas sobre la naturaleza y función del lenguaje, va a explicitar, dar forma y desarrollar ampliamente las sugerencias apuntadas por su reconocido maestro. La *Grammaire générale et raisonnée* aparece dos años antes que la *Logique ou l'Art de penser*, y en la primera se perfilan, con toda precisión, muchos de los temas que habrán de ser recogidos a la hora de redactar la segunda, sin que por ello pueda hablarse de falta de rigor en ninguna de ellas, ni tampoco, de confusión entre sus respectivos objetos. En primer lugar, hay que admitir con Arnauld

¹³ *L. c.*, pág. 58.

¹⁴ Vid. *Al Marqués de Newcastle*, 23 de noviembre de 1646, *A. T.*, IV, pág. 576; *A Morus*, 5 de febrero de 1649, *A. T.*, V, pág. 276-7.

¹⁵ *A Morus*, o. c., *A. T.*, V, pág. 278.

¹⁶ Vid. Lewis, G., *L'individualité selon Descartes*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1950, págs. 114-119.

y Nicole que el lenguaje es tema imprescindible en ambas, por la utilidad que su estudio aporta, sin que su análisis pueda tergiversar en nada la marcha de ninguna de las dos ciencias, Gramática y Lógica, que se encuentran en un íntimo grado de parentesco y que mantienen una similitud en sus finalidades. Por ello, en las primeras páginas de la *Logique* se nos dirá:

...mais parceque nous ne pouvons faire entendre nos pensées les uns aux autres, qu'en les accompagnant de signes extérieurs: et que même cette accoûtumance est si forte, que quand nous pensons seuls, les choses no se presentent à notre esprit qu'avec les mots dont nous avons accoûtumé de les revêtir en parlant aux autres; il est nécessaire dans la Logique de considerer les idées jointes aux mots et les mots joints aux idées¹⁸.

En realidad, puede concluirse con Herbert Brekle que la «Gramática general y razonada», equivalente en muchos puntos a la actual Lingüística, y la Lógica no son más que las dos caras de un mismo objeto, que no es otro que la forma de todo pensamiento humano¹⁹. Las relaciones y semejanzas entre una y otra no son, pues, un mero paralelismo, sino una coincidencia en el tratamiento de un mismo objeto, producto puro de la razón, que, con todo su sentido cartesiano, sigue vigente en los estudios lingüísticos y metodológicos de Port-Royal. La *Gramática*, en concreto, está «imbuida de todo el *apriori* del racionalismo cartesiano. Considerando el lenguaje humano como un puro producto de la razón, estudia su origen y funcionamiento, únicamente desde este punto de vista»²⁰.

¹⁷ *L. P. R.*, II, 1, pág. 103.

¹⁸ *O. c.*, Introduction, pág. 38.

¹⁹ Brekle, Herbert, Preface à la *Grammaire generale et raisonnée*, Nouvelle impression en facsimilé de la 3.^a édition de 1676. Friedrich Fromman Verlag, Stuttgart, 1966, pág. V.

²⁰ *Ibid.*, pág. VIII.

1. LÓGICA Y METODOLOGÍA EN PORT-ROYAL

Después de haber presentado como notas esenciales en el movimiento de Port-Royal su interés por el lenguaje y un marcado moralismo, podemos pasar a analizar el camino recorrido desde los escritos cartesianos a la realización de la Lógica, haciendo un especial hincapié en la forma con que se asumen por esta última los preceptos del *Discours de la Méthode*, al querer conjugar una tradición lógica con un conjunto de nuevas observaciones que tienen como finalidad primera «formar el juicio», tal como reza el propio título que, indiscutiblemente, muestra, si no un total rigor, al menos un deseo de armonizar dos campos de estudios que parecían opuestos y dispares.

Ya para Descartes se había presentado la necesidad de encontrar una nueva ciencia que, incluyendo la utilidad de la Lógica, del Análisis y del Algebra, ni se redujera a ninguna de ellas, ni tendiese, como la primera de estas tres últimas ciencias, a explicar a otro las cosas que ya se saben, y esto en el mejor de los casos, porque muchas veces, como en concepción luliana, implicaría una manera de hablar «sin juicio»²¹. Para este autor se imponía presentar un arte nuevo que se volcase a la búsqueda de la verdad, lo que sólo podría conseguirse mediante el fermento eficaz de un método como camino reflexivo y juicioso²² que desechase de sí todos los artificios que no sirven más que para favorecer la desidia de los hombres²³.

De esta manera aparece en Descartes un decidido abandono de la Lógica, sustituyendo sus servicios por los de una Metodología que, frente a los ejercicios estériles de escuela, se comportase como medio eficaz en la búsqueda de la verdad. Sin embargo, ello no es exclusivo de este autor; en el *Novum Organum* de Bacon no se encuentran ya rastros de Lógica escolástica, como tampoco aparecerán en el *De intellectus emendatione* de Spinoza, donde el interés se centra en el Método. En realidad, la Lógica, propiamente dicha, sólo vuelve a aparecer en Port-Royal como un intento de confraternización con

²¹ *D. M.*, II, p., *A. T.*, VI.

²² Vid. *Reg. IV*, *A. T.*, X, pág. 371.

²³ Vid. *Reg. V*, *A. T.*, X, pág. 521.

la Metodología, aunque, a decir verdad, no llegue a fructificar en una síntesis perfecta²⁴.

Tal como ya señala Sainte Beuve, si bien con respecto a Descartes, Arnauld y Nicole no tienen sino elogios, estos dos autores no plantean el encaje originario de su Lógica desde un primer evento subjetivo, sino que se conforman con hacer una aplicación usual de las principales reglas propuestas por el primer filósofo de su siglo²⁵, lo cual, también es verdad, es suficiente para apreciar en este movimiento lógico un indiscutible cariz racionalista de orientación cartesiana. Sea como fuere, lo cierto es que los autores del *Art de penser* no se engañaron «de ningún modo acerca de la significación del método cartesiano, a cuya interpretación consagran la cuarta parte de su obra»²⁶. Para ellos el método cartesiano es fundamento total y universal para la búsqueda de la verdad sin que pueda entenderse como un mero procedimiento analítico:

Ces 4 (regles) neanmoins que Monsieur Descartes propose dans sa Methode, peuvent être utiles pour se garder de l'erreur en voulant rechercher la verité dans les sciences humaines, quoi'à dire vrai elles soient generales pour toutes sortes de methodes, et non particulieres pour la seule analyse²⁷.

La Lógica de Port-Royal es un punto de confluencia de dos tradiciones, y el «arte de pensar» ha de entenderse como la resultante de la suma de los fines de dos ciencias que se proponen «razonar correctamente» y «juzgar sanamente». Esta doble orientación queda suficientemente clara en el propio título de la obra. Las «reglas comunes» de las que en él se habla, y tal como se indicará expresamente en el primer discurso, no son otras que las normas de la Lógica clásica, mientras que las «nuevas observaciones» indican el conjunto de aportaciones cartesianas para la dirección del espíritu.

²⁴ Vid. Blanché, R., *La logique et son histoire*, A. Colin, París, 1970, pág. 182.

²⁵ Vid. Sainte Beuve, *Port-Royal*, I-IV-III, Bibl. de la Pléiade, París, 1954, vol. II, pág. 480.

²⁶ Donzé, R., *La gramática general y razonada de Port-Royal*, traducción de M. Ayerra, Eudeba, Buenos Aires, 1970, pág. 5.

²⁷ *L. P. R.*, IV, iii, e. c., págs. 306-307.

Sin embargo, estas dos finalidades que se propone la Lógica de Port-Royal no tienen la misma importancia. R. Blanché opina que se preocupa mucho más por formar el juicio que por presentarse como un arte de razonar²⁸; y ciertamente puede advertirse un mayor hincapié y preocupación por mostrar cuál pueda ser el modo de un juicio sano que por defender y observar cuidadosamente las leyes formales del razonamiento correcto. De la misma manera que Descartes había afirmado que la deducción, caso de llevarse a cabo, no puede ser realizada de forma incorrecta por el entendimiento humano²⁹, debiendo situar el error presente en el razonamiento en los juicios llevados sobre aquello que no ha sido suficientemente percibido³⁰, Arnauld y Nicole piensan que los errores a los que se llega en la actividad pensante no se producen porque se razone mal, lo que resulta bastante improbable, sino porque una falta de atención puede repercutir en la propia deducción haciéndola desaparecer. Siempre que hay razonamiento, hay que considerarlo formalmente bien realizado, y si el error se encuentra involucrado en él, se debe a su apoyatura en falsos principios:

La plûpart des erreurs des hommes comme nous avons déja dit ailleurs, viennent bien plus de ce qu'ils raisonnent sur des faux principes, que non pas de ce qu'ils raisonnent mal suivant leurs principes. Il arrive rarement qu'on se laisse tromper par des raisonnemens qui ne soient faux que parce que la consequence en est mal tirée: Et ceux qui ne seroient pas capables d'en reconnoître la fausseté par la seule lumiere de la raison, ne le seroient pas ordinairement d'entendre les regles que l'on en donne, et encore moins de les appliquer³¹.

Relegando a segundo término la importancia del conocimiento de las reglas formales del razonamiento, con respecto a su finalidad primordial, formar un juicio sano y eficaz, nos encontramos con que

²⁸ Vid. Blanché, R., *o. c.*, pág. 181.

²⁹ *Reg. II, A. T., X*, pág. 365: «...deductionem vero, sive illationem puram unum ab altero, posse quidem omitti, si non videatur, sed nunquam male fieri ab intellectu vel minimum rationali».

³⁰ *Pr. Ph.*, pars I, art. XXXII, *A. T.*, VIII-1, pág. 17: «Nos non errare, nisi cum de re non satis percepta iudicamus».

³¹ *L. P. R.*, III, i, págs. 177-178.

es en este nivel donde toma su pleno sentido el auténtico «arte de razonar» y donde surge la verdadera utilidad de la Lógica. Para ello resulta imprescindible incluir un sector de doctrina dedicado al Método que se constituye como un conjunto de reflexiones sobre lo que la naturaleza obliga a hacer al hombre en su actividad cognoscitiva³². Estas reflexiones tienen como fin primordial el «bon sens» o la «justesse de l'esprit», concepto que apunta a la exactitud de una razón útil en todos los sectores y empleos de la vida³³, pero entendiendo que este perfeccionamiento de la razón implica siempre autoajustamiento de sus propias posibilidades naturales³⁴. Por todo ello debe concluirse que si el Método cartesiano tiene su más exacto sentido en cuanto busca la plenificación de la razón, en la misma manera ha de entenderse la nueva Lógica o *Arte de pensar*.

Y junto a la finalidad aparecen las ventajas. Tal como se indica en la Introducción de la obra de Arnauld y Nicole, debemos distinguir entre tres motivos por los cuales resulta conveniente el conocimiento y utilización de esta ciencia:

La premiere est, d'être assûrés que nous usons bien de notre raison, parceque la consideration de la regle nous y fait faire une nouvelle attention³⁵.

Esta primera utilidad que puede obtenerse con la práctica del *Art de penser* nos obliga a tener en cuenta un origen y una derivación, representados por Descartes y por la Ilustración, respectivamente. En primer lugar este aliciente que comporta la Lógica de Port-Royal

³² *L. P. R.*, Introduction, pág. 38.

³³ *Vid. o. c.*, I. Discours, pág. 15.

³⁴ Estas intenciones fundamentales de la Lógica de Port-Royal se encuentran confirmadas en Poisson, quien en 1671 escribe: «On verra par exemple dans la première observation, quel est l'usage de la Méthode de M. Descartes et combien de la Logique vulgaire est éloignée de fin qu'elle a dû se proposer, qui était de former le jugement et de prescrire des règles à l'esprit pour se conduire; que celle de Raymond Lulle n'a rien de raisonnable; que Laurent Valle, Rudolphus Agricola, Vives, et Ramus n'avaient pas encore tout à fait bien rencontré; que le chancelier Bacon était celui qui avait reconnu à peu près la route qu'on devait suivre; et en fin que Clauberge et l'Auteur de l'*Art de penser* avaient donné une Logique complète, qu'on pouvait appeler le supplément de celle de M. Descartes», *Remarques sur la méthode de Descartes*, Paris, Thisboust, 1671, Avis au lecteur p. xiii, en nota de P. Clair et F. Girbal, *L. P. R.*, e. c., páginas 366-367.

³⁵ *L. P. R.*, Introduction, pág. 38.

no es otra cosa que una consecuencia directa del precepto cartesiano de reflexión interna, único modo de situarse en una auténtica actitud crítica. La «nouvelle attention» de que se habla ha de apuntar necesariamente a algo distinto de los objetos, y se dirige hacia la «regla» con la que se realiza la operación del espíritu, de tal manera que obliga al propio sujeto a un cercioramiento sobre la rectitud del uso de la razón. En segundo lugar, entender que la Lógica puede asegurar del recto uso de la razón, nos obliga a considerar que Port-Royal es un claro prelude del movimiento ilustrado en Francia³⁶. En efecto, si para la Ilustración una de las primeras exigencias es la de conseguir una fundamentación rigurosa del saber, hay que tener en cuenta que tal preocupación no surge repentinamente; se encuentra presente en Descartes, en todo el cartesianismo en general, y en el movimiento portroyalista en especial, pudiendo decir que para todos ellos tal fundamentación sólo va a ser posible desde la propia subjetividad que, reflexionando sobre sí misma, obtiene una delimitación precisa entre los ámbitos de las ideas, de las creencias y de los objetos.

Pero la utilidad de la Lógica no se reduce a este cercioramiento del uso adecuado de la razón; junto a ello, esta ciencia, tal como la conciben sus autores, sirve para descubrir y explicar las imperfecciones y errores que se introducen en el ejercicio racional. Y así es como se señala que:

La seconde est de découvrir et d'expliquer plus facilement l'erreur ou le défaut qui se peut rencontrer dans les opérations de notre esprit. Car il arrive souvent que l'on découvre par la seule lumière naturelle qu'un raisonnement est faux, et qu'on ne découvre pas néanmoins la raison pourquoi il est faux, comme ceux qui ne savent pas la peinture peuvent être choqués du défaut d'un tableau, sans pouvoir néanmoins expliquer quel est ce défaut qui les choque³⁷.

Y en consecuencia, nuevamente se entronca con otro aspecto del pensamiento cartesiano; esta vez en el campo de la problemática del

³⁶ Cfr. Risse, W., *Die Logik der Neuzeit*, II. Band. F. Frommann, Stuttgart 1970, págs. 512 y sigs.

³⁷ L. P. R., *Introduction*, pág. 38.

error. Para Descartes, la referencia del Método al error no se reduce a la presentación de un conjunto de recetas destinadas a evitar este último fenómeno, ya que dentro del cuerpo de la Metodología, y perteneciendo constitucionalmente a él, surge una vertiente gnoseológica que ha de hacerse cargo del origen, posibilidad y realización de tal fenómeno negativo, que se encuentra como una segunda opción constante al lado de la verdad³⁸. El problema del error que había sido una preocupación constante en la filosofía cartesiana, sigue teniendo interés para los de Port-Royal al continuar una línea de pensamiento que, si bien cuenta con los caracteres propios que imprime un dogmatismo triunfante, se mantiene en él contando con una vigilancia constante sobre todos los modos de conocimiento, y sabiendo en todo momento cuales son los procedimientos más idóneos para hacer desaparecer el error y sus consecuencias. «Descubrir», tanto para Descartes como para Arnauld y Nicole, significa «remediar», no mediante una clasificación material de los errores, sino con el auxilio de una crítica eficaz que los obligue a desaparecer, con el apoyo de una «medicina mentis» que permita tomar conciencia del error cometido y de las causas por las que se ha llegado a él.

Sin embargo, a pesar de las indudables aportaciones cartesianas en el capítulo del error de la Lógica de Port-Royal, ésta acentúa mucho más el papel de los caracteres individuales y su acción sobre las ideas para dar origen a los errores que con frecuencia se encuentran involucrados en el proceso cognoscitivo, tanto como en las acciones humanas. Esta inflexión hacia la determinación de factores psicológicos individuales en el pensamiento erróneo se debe a la influencia de otro racionalista, Malebranche, para quien las condiciones personales imprimen grandes diferencias entre las ideas de cada hombre y determinan la mayor parte de las confusiones³⁹.

³⁸ Vid. *Reg. IV, A. T., X*, pág. 371.

³⁹ Malebranche, *Recherche de la vérité*, II, II, II: «Ainsi les différentes passions des hommes, leurs inclinations, leurs conditions, leurs emplois, leurs qualités, leurs études, enfin toutes les différentes manières de vivre, mettant de fort grandes différences dans leurs idées, cela les fait tomber dans un nombre infini d'erreurs, que nous expliquerons dans la suite. Et c'est ce qui a fait dire au Chancelier Bacon ces paroles fort judicieuses: 'omnes perceptiones tam sensus quam mentis sunt ex analogia hominis, non ex analogia universi: estque intellectus humanus instar speculi inaequalis ad radios rerum qui suam naturam naturae rerum inmiscet, eamque distorquet et inficit'». *Oeuvres complètes de* _____, Lib. Phil., J. Vrin, Paris, 1962, vol. I, pág. 278.

De acuerdo con esta nueva orientación, los autores de la Lógica, junto a las causas externas del error, entre las que se encuentra el hecho de que la verdad se parezca a la mentira, o lo que es lo mismo, que «los objetos de los que se juzga y que engañan a nuestro espíritu sean una falsa apariencia»⁴⁰, van a poner especial atención en la serie de causas internas que hacen enfermar la voluntad, habilitándola para el juicio erróneo. Entre ellas aparecen, tal como ya lo había hecho Malebranche, la concupiscencia, la autoridad y la soberbia, el interés y la irracionalidad⁴¹, motivos todos ellos que han de entenderse como diversas manifestaciones de enfermedad en la facultad del juicio que, de seguir el primer requisito metodológico cartesiano, sólo debería asentir a lo evidente.

Y en tercer lugar, Arnauld y Nicole piensan que la última utilidad que puede obtenerse con el estudio y el ejercicio del *Art de penser* es la de

nous faire mieux connoître la nature de notre esprit par les reflexions que nous faisons sur ses actions. Ce qui est plus excellent en soi, quand on n'y regarderoit que la seule speculation, que la connoissance de toutes les choses corporelles, qui sont infiniment au-dessous des spirituelles⁴².

El estudio del mundo del pensamiento tiene la ventaja de hacer ver al sujeto su propia superioridad frente al ámbito de las cosas materiales. Mediante una adecuada reflexión el hombre llega a conocer su naturaleza, pero como ésta no es infinita, sino que se presenta esencialmente limitada, los autores de la Lógica completan el sentido de esta tercera practicidad afirmando que «la utilidad que se puede obtener de estas especulaciones no es simplemente la de adquirir conocimientos, que en sí son bastante estériles, sino de aprender a conocer los límites de nuestro espíritu, y de hacerle reconocer que hay cosas que él no puede comprender»⁴³.

⁴⁰ *L. P. R.*, III, xx, pág. 261, y vid. III, xx, b-1, pág. 274.

⁴¹ Vid. *o. c.*, III, xx, a, 1, 2 y 3, págs. 261-263.

⁴² *O. c.*, Introduction, pág. 38.

⁴³ *O. c.*, IV, i, pág. 298.

2. LOS PRECEPTOS DE LA EVIDENCIA Y DEL ORDEN

Después de haber reparado en el concepto, finalidad, utilidad y corrientes de pensamiento que intenta sintetizar la Lógica de Port-Royal, parece conveniente dedicar unas líneas al estudio de los dos fundamentales preceptos de la Metodología cartesiana, la evidencia y el orden, tal como son asumidos en el *Art de penser*, ya que, tanto en una como en otro, se constituyen en el fundamento metodológico sobre el que se monta el resto de las reglas, y su ausencia implica indefectiblemente la presencia del error en el conocimiento humano.

Para Descartes, el error se plenifica con el asentimiento a lo que no se conoce con evidencia, y a nivel del Método, ha de entenderse, *muy especialmente, como una forma de pensamiento desordenado*. Dicho en otros términos, el error, en el nivel de consideración metodológica no es otra cosa que una consecuencia de la falta de cumplimiento de estas dos fundamentales exigencias. Tal como se nos dice en la *Regula V*, todo el Método consiste en el orden y disposición de los objetos, lo que puede llevarse a cabo mediante la división de las proposiciones complicadas y oscuras (*involutas et obscuras*) en otras más simples, aptas para ser conocidas evidentemente, pues sólo estas últimas pueden ser principio seguro y eficaz para la ciencia⁴⁴; y sabemos que, para este autor, conocimiento científico y error se sitúan en dos polos totalmente opuestos que se excluyen radicalmente.

Todas las demás reglas y requisitos metodológicos que puedan encontrarse en Descartes se supeditan al precepto del orden, y con él al de evidencia, tal como acabamos de ver, pues sólo con ella puede fructificar aquél. Esta concepción no es, para su autor, un pensamiento primerizo que fuera desechado posteriormente, sino un fermento vivo y duradero en toda su producción filosófica. En el *Discours de la Méthode*, después de ofrecer en cuatro preceptos lo más genuino de su preocupación metodológica, nos dirá que todo aquello que puede conocer el hombre está unido necesariamente según una ordenación propia, pudiéndose abarcar todo lo cognoscible, con tal de «abstenerse de recibir como verdadera alguna cosa que no lo

⁴⁴ Vid. *Reg. V*, A. T., X, pág. 379.

sea, y que se conserve el orden necesario para deducirlas unas de otras»⁴⁵.

Y así, si estos dos principios son los esenciales, el estudio que intente mostrar la presencia de la Metodología cartesiana en la Lógica de Port-Royal, ha de llevarse fundamentalmente sobre ellos, resultando conveniente comenzar por el de la evidencia, puesto que cuando nos encontramos embarcados en una investigación científica, la primera condición indispensable para proceder con exactitud y prudencia es la de saber si contamos con conocimientos claros y evidentes de los que partir. De otra forma, la ciencia resultaría totalmente imposible, y el Método que tiene como fin primordial el conocimiento científico⁴⁶, en consecuencia, está obligado a hacerse cargo del tema del criterio, límites del conocimiento, y de la posibilidad misma de un conocimiento evidente:

La premiere (question) est, s'il y a en a, c'est-à-dire, si nous avons de connoissances fondées sur des raisons claires et certaines, ou en general, si nous avons de connoissances claires et certaines, car cette question regarde autant l'intelligence que la science⁴⁷.

Parece como si la evidencia no pudiera considerarse como simple criterio subjetivo de certeza. La necesidad de saber que el hombre se encuentra en posesión de conocimientos «fundados» en razones claras y ciertas apunta tanto a la ciencia como a la actividad subjetiva intuitiva (*intelligence*)⁴⁸. En primer lugar, pues, advertimos una conexión con el tema de la ciencia, de la que, si bien en Arnauld y Nicole no se encuentra ninguna definición explícita, puede decirse que viene ensamblada, y formando una estructura única, por el conjunto de cosas que ofrecen al sujeto una total persuasión mantenida por la actividad catalizadora de la evidencia con que deben estar iluminados todos los objetos con los que el hombre puede relacio-

⁴⁵ *D. M.*, II, p., *A. T.*, VI, pág. 19.

⁴⁶ Vid. *L. P. R.*, IV, Introd., pág. 291.

⁴⁷ *O. c.*, IV, i, pág. 292.

⁴⁸ De la misma manera que Descartes en la *Regula III* señala como únicas vías para la ciencia a la intuición y a la deducción (*A. T.*, X, pág. 368), Arnauld y Nicole afirman que todo lo que se conoce evidentemente lo es «por demostración o por *intelligence*». (*L. P. R.*, IV, i, pág. 295).

narse⁴⁹. No puede negarse, por consiguiente, que la concepción de ciencia promulgada por Descartes como «cognitio certa et evidens»⁵⁰, formando un núcleo compacto frente a la sospecha, conjetura, opinión y probabilidad⁵¹, es asumida fielmente por estos autores que hacen del pensamiento cartesiano su estatuto legal.

En segundo lugar, el paralelismo existente entre la intuición cartesiana y la «intelligence» de que se habla en el *Art de penser* no puede disimularse en ningún sentido. Descartes define el «intuitus» como un concepto de la mente pura y atenta, y se caracteriza por su facilidad y distinción, es decir, por su máxima evidencia⁵². Arnauld y Nicole, por su parte, mediante el citado término francés, se refieren a un modo de conocimiento evidente que, de ninguna manera, puede situarse en el haber de los sentidos o de la imaginación:

Si lorsque l'on considere quelque maxime, on en connoît la verité en ell-même, et par l'évidence qu'on y apperçoit qui nous persuade sans autre raison, cette sorte de connoissance s'appelle intelligence, et c'est ainsi que l'on connoît les premiers principes⁵³.

Sin embargo, el parentesco que existe entre estos dos conceptos puede apreciarse también desde su lado negativo, ya que, tanto la auténtica intuición como la «intelligence» están exigiendo la radical supresión de los prejuicios, considerados en todo el cartesianismo como la primera causa del error, y primer impedimento para llegar al conocimiento de lo inteligible⁵⁴, de tal manera que si Descartes propone como medio imprescindible para terminar con su poder a la duda metódica, Port-Royal no tiene por menos que recomendar un

⁴⁹ Vid. *L. P. R.*, II, Discours, págs. 24 y 29, y IV, i, págs. 291-299.

⁵⁰ *Reg. II, A. T.*, X, pág. 362.

⁵¹ Vid. *Reg. III, A. T.*, X, págs. 366 y sigs.

⁵² *Reg. III, A. T.*, X, pág. 368: «Per intuitum intelligo, non fluctuantem sensuum fidem, vel male componentis imaginationis iudicium fallax; sed mentis purae et attentae tam facilem distinctum conceptum, ut de eo, quod intelligimus, nulla prorsus dubitatio relinquatur».

⁵³ *L. P. R.*, IV, i, pág. 291-292.

⁵⁴ Vid. *Pr. Ph.*, p. I, arts. LXX y sigs., *A. T.*, VIII-1, págs. 34-36, y *L. P. R.*, II, Discours, pág. 31.

atento «examen», que funcionalmente considerado, realiza también una labor crítica desescombradora⁵⁵.

Finalmente, conviene señalar que, de la misma manera que para Descartes el criterio de evidencia tiene su más perfecto campo de aplicación en lo actual e inmediatamente presente a la conciencia, y que, metafísicamente considerado, encuentra su más propia apoyatura en la existencia real del «cogito», en las vertientes gnoseológicas y metafísicas de Port-Royal se siguen conservando intactos tales aspectos. En efecto, primeramente, si en los *Principia Philosophiae* se mantiene abiertamente que lo único clara y distintamente perceptible es la idea, y que de las cosas sólo puede afirmarse aquello que se contenga evidentemente en las ideas⁵⁶, en varias partes de la «Lógica» se recogen estas opiniones a las que se las da valor de principio general⁵⁷. Y en segundo lugar, también podemos decir que Arnauld y Nicole siguen reservando un lugar privilegiado para el hallazgo del «cogito», cuyo conocimiento permite obtener una regla o criterio que no es otro que el de la evidencia:

il est certain au moins puisqu'il pense, qu'il est, et qu'il vit, étant impossible de séparer l'être et la vie, de la pensée, et de croire que ce qui pense, n'est pas, et ne vit pas, et de cette connoissance claire et indubitable, il en peut former une règle pour approuver comme vraies toutes les pensées qu'il trouvera claires, comme celle-là luy paroît⁵⁸.

El segundo precepto cartésiano cuya vigencia nos hemos propuesto analizar en la Lógica de Port-Royal es el del orden. Si importante es la exigencia de evidencia en la Metodología de Descartes, no lo es menos la de este segundo precepto, como se deja ver en el hecho de que la ciencia exige una rigurosa ordenación y disposición de las

⁵⁵ Vid. o. c., Discours I, págs. 18-19; III, xx, a, 1, pág. 261; IV, 1, pág. 293, y IV, ii, pág. 304.

⁵⁶ Vid. *Pr. Ph.*, p. I, art. XLIII, A. T., VIII-1, pág. 21.

⁵⁷ *L. P. R.*, IV, vi, pág. 317: «la certitude et l'évidence de la connoissance humaine dans les choses naturelles dépend de ce principe: Tout ce qui est contenu dans l'idée claire et distincte d'une chose, se peut affirmer avec verité de cette chose».

⁵⁸ O. c., IV, i, pág. 293.

materias, huyendo siempre de exposiciones amontonadas que sólo servirían, en el mejor de los casos, para ejercitar la memoria⁵⁹.

Los autores del *Art de penser* dividirán las operaciones del espíritu humano en concebir, juzgar, razonar y ordenar, cada una de las cuales da paso a una parte de la obra. Las relaciones existentes entre Método y el concepto de «ordenación» no tardan en dejarse de manifiesto; y es en la Introducción donde puede leerse que «se llama ordenar a la acción del espíritu por la cual, teniendo diversas ideas, juicios y razonamientos, sobre un mismo sujeto, se les dispone de la manera más adecuada para hacer conocer ese sujeto. Y a esto es a lo que se llama método»⁶⁰. Sin embargo, el orden no es una mera exigencia a tener en cuenta en la cuarta parte de esta obra, ya que dentro del propio concepto de «Lógica» se está indicando, con un sentido general, a este precepto que, lejos de incardinarse en un sector limitado, trasciende a la totalidad.

De este modo, si «la Lógica es el arte de conducir bien la propia razón en el conocimiento de las cosas, ya para instruirse a sí mismo, ya para instruir a los demás»⁶¹, «se puede llamar, generalmente, Método al arte de disponer bien una serie de pensamientos, o para descubrir la verdad cuando la ignoramos, o para mostrársela a los demás cuando ya la conocemos»⁶². El paralelismo existente entre las dos definiciones es palpable. La Lógica es el arte de conducir la razón en la actividad cognoscitiva, y el Método el de disponer adecuadamente los pensamientos, y como el único modo válido de conducción racional es el que se realiza mediante una ordenación metódica, los tres conceptos en juego, «Lógica», «Método» y «orden» han de formar una estructura íntima de relaciones, sin que pueda entenderse cada uno de ellos por separado.

¿En qué consiste este orden que se erige en pilar firme de la Lógica? Arnauld y Nicole seguirán defendiendo a ultranza lo que ya Descartes había preconizado en sus *Regulae ad directionem ingenii*, cuando recomienda que «en los objetos propuestos no hay que indagar lo que otros creyeron, o lo que nosotros sospechamos, sino lo que

⁵⁹ Vid. *Reg. III, A. T., X*, pág. 367; *A Mersenne*, 24 dic., 1640; *A. T., III*, página 266.

⁶⁰ *L. P. R.*, Introduction, pág. 38.

⁶¹ *L. c.*, pág. 37.

⁶² *O. c.*, IV, ii, pág. 299.

podemos intuir con claridad y evidencia, o deducir con certeza, pues la ciencia no se adquiere de otra forma»⁶³, lo cual no es posible mientras «no reduzcamos las proposiciones oscuras y complicadas a otras más simples»⁶⁴. Por ello, no puede resultar extraño que, considerando al orden como la esencia del Método, se escriba al comienzo de la cuarta parte de la «Lógica» que:

Le tout est de bien arranger ses pensées en se servant de celles qui sont claires et évidentes, pour penetrer dans ce qui paroissoit plus cachés⁶⁵.

Pero el orden con que deben conducirse los pensamientos ha de estar presente tanto en los razonamientos o cadenas deductivas, como en las inductivas. Por lo que se refiere a las primeras, ya hemos aludido al hecho de que para Descartes no presentaban especial problema, ya que la deducción es ejecutada con toda sencillez por la razón humana al ser consecuencia natural de su poder dinámico; también hemos visto que todos los errores que pudieran viciar tales cadenas deductivas se debían a la apoyatura en principios falsos, o a una falta de atención (aunque en esta última circunstancia el resultado es el de la desaparición de la inferencia). Considera, pues, este autor que existe un orden natural en el proceso deductivo que, siempre que no sufra ninguna coacción, alcanzará la verdad; y, a la vez, entiende que esta actividad sólo puede acelerarse y favorecerse mediante la atención dirigida, de manera especial, hacia los principios ciertos y evidentes. También los autores de la *Lógica* expresarán su conformidad con tales ideas al referirse a la «demostración», por la cual «se prueba invenciblemente alguna verdad», sin que sea de mucha utilidad conocer las reglas de los silogismos, porque lo único que, en verdad, importa es mantener el orden de las razones⁶⁶.

Y en segundo lugar, este precepto tiene una importante misión de cara al razonamiento inductivo. Más aún, caso de que esta forma compleja de pensamiento no contara con idéntico grado de certeza que la deducción, más estricta habría de ser la fidelidad al Método,

⁶³ *Reg. III, A. T., X*, pág. 366.

⁶⁴ *Reg. V, A. T., X*, pág. 379.

⁶⁵ *L. P. R., IV*, Introduction, pág. 291.

⁶⁶ Vid. *Ibid.*

en general, y al precepto del orden, en especial, para obtener una validez. Y, en efecto, éste es el caso derivado de la caracterización que Arnauld y Nicole hacen de la inducción, a la que consideran como un medio que, por sí sólo, no permite alcanzar una ciencia perfecta⁶⁷, máxime, cuando, por otra parte la excesiva generalización, su principal y muy habitual defecto, es una «de las más comunes fuentes de los falsos razonamientos de los hombres»⁶⁸, y que, constituida en condición lógica del error, implica una pérdida del orden necesario para concluir con verdad⁶⁹.

JOSÉ LUIS ARCE CARRASCOSO

⁶⁷ *O. c.*, III, xix, 9, pág. 259: «L'induction seule n'est jamais un moyen certain d'acquérir une science parfaite, comme on le fera voir en un autre endroit la consideration des choses singulieres servant seulement d'occasion à notre esprit de faire attention à ses idées naturelles, selon lesquelles il juge de la verité des choses en general».

⁶⁸ *Vid. o. c.*, III, xx, b, 4, pág. 280.

⁶⁹ *Vid. o. c.*, III, xix, 9, págs. 258-259, y III, xx, b, 4, págs. 280-281.